

Homilía

Funeral por los asesinados en los actos terroristas de Madrid.

Padre nuestro: Venimos a ti heridos del horror, partidos de dolor, confusos, con lágrimas en los ojos y en el corazón. Hemos llorado mucho. Doscientos hermanos nuestros han sido asesinados violentamente, mientras iban de camino a su trabajo o a sus aulas. Más de mil han sido heridos y mutilados en sus cuerpos para siempre. Cuánto dolor. Son muchas las familias que hoy están destrozadas. A todos, Padre, nos urge y nos quema una pregunta: ¿Por qué? ¿Para qué?. Nos la hemos hecho repetidamente. Estamos asustados. ¿Es posible tanta crueldad en el corazón humano? ¿O es que no tienen corazón? Han sido muchos meses preparando con cuidado la muerte de los inocentes. Y no les ha temblado la mano. ¡Qué horror de hombres! Pero, de Jesucristo hemos aprendido a pedir por ellos.

Venimos a ti, Padre, con nuestra pena honda. Buscamos ansiosamente esperanza. Acércate a nosotros. Háblanos. Somos tu familia.

Queridos hermanos y hermanas, con nuestras Autoridades:

Ya hemos expresado con toda la fuerza de que somos capaces el rechazo más completo a este acto criminal, irracional, satánico, que nunca debería haberse producido. Hicimos declaraciones contundentes, con el corazón desgarrado, tan pronto como conocimos la noticia, que no nos creíamos. Habló el viernes nuestro pueblo, nuestro buen pueblo. Habló con su silencio elocuente, con su presencia numerosa. Eran familias enteras con niños llevados en carritos. Todos. No cabíamos en las calles. Caminamos en silencio, unidos, muy unidos, en la misma dirección. Nuestra respuesta fue solidarizarnos con las víctimas, con sus familias y lo estamos haciendo también en esta celebración. Nuestra respuesta unánime fue declarar que amamos la vida, que queremos que se respeta por todos el derecho a vivir y a vivir con libertad y con paz.

Esta tarde estamos celebrando la Eucaristía. Sobre este mismo altar, unidos a Cristo, hay doscientos hombres y mujeres, jóvenes y mayores, niños también, niños en el seno de su madre, españoles y emigrantes. Eran trabajadores y estudiantes. Son doscientas cruces. Cristo ha sido asesinado y malherido. Y buscamos luz, buscamos la paz y la serenidad.

Que el Señor venga a caminar con nosotros. Que Él nos deletree la salida del camino ciego del crimen, que en su propio cuerpo inicualemente sufrió. Él murió asesinado.

“Se puso a caminar con ellos”, acabamos de escuchar. Los acompañó, cuando tenían el corazón destrozado y ceguera en los ojos. No los dejó a la deriva. Ponte, Señor, a caminar con nosotros. Encauza nuestras vidas hacia la esperanza. Jesús les dijo con toda claridad que la muerte no es el final. Ahí estaba Él vivo. Las Escrituras, el Pan partido y el recuerdo de la vida de Jesús levantaron del hundimiento a dos hombres deshechos. Jesucristo es ahora el caminante anónimo con nosotros.

A través de la Historia Sagrada, fue una de las tareas de los profetas sostener al pueblo, alentar sus esfuerzos, alumbrar la esperanza.

Este es el sentido de la Eucaristía. Algo así vislumbramos cada vez que la celebramos. El asesinato de un hombre nunca debería llegar. Pero, junto a Cristo, sabemos que esa sangre no será baldía. El profeta Isaías tenía la certeza de que el dolor del Siervo nos traerá la paz, y que tantas muertes y heridas han de curarnos.

Que nos curen del desprecio a los demás. Que nos curen del odio, de la mentira y de la ambición. Que nos limpien los ojos para aprender a mirarnos a la cara y a llamarnos hermanos y conciudadanos.

Que ha sido mucha la sangre. Que es mucho el dolor y de ningún modo se puede profanar. Que los que han muerto inocentemente merecen no sólo nuestro recuerdo permanente, sino nuestro compromiso de convivir. Que Jesús nos siga explicando que el mal se vence a fuerza de hacer el bien, -que tiene también el nombre de justicia-, y que el odio no tiene la última palabra, ni tampoco la muerte. Que hemos sido puestos en el mundo para amarnos.

Somos deudores a esa sangre, a esos cuerpos mutilados. Y la deuda sólo se paga luchando por la convivencia y por la paz, con las manos limpias.

Y que no ha sido en balde esta sangre lo demuestra la respuesta unánime de nuestro pueblo extraordinario. El camino es la unidad sin fisuras.

Y es igualmente prueba clara la oleada de solidaridad, que surgió con toda su fuerza. Dejarme que, junto a los hermanos asesinados y heridos, junto a las familias desgarradas, que estamos recordando, junto a todos ellos, ponga también sobre este altar los incontables servicios de todos los sanitarios hasta el agotamiento, así como de la policía y de los agentes de seguridad, de protección civil y de los bomberos hasta extenuarse, de los taxistas, que ofrecían gratuitamente sus servicios, de los psicólogos y sacerdotes que acudieron espontáneamente, de todos los voluntarios y vecinos que ofrecían sus mantas, de las largas colas de donantes de sangre, de los niños en las escuelas. No están solos los que han muerto, ni lo están sus familias. Hemos entendido bien que el camino, que hace futuro, es la solidaridad.

Somos una tierra que conoce de cerca el terrorismo. Ya comprendimos que el compromiso es seguir trabajando por convivir. No hemos nacido para matarnos, sino para servirnos. Éste es el modo de hacer fecunda tanta sangre. Y la haremos, porque no queremos ser insensatos. Han sido ya muchos los claros signos de vida y de Pascua.

Jesús, quédate con nosotros. Ponte a caminar con nosotros. Es a ti también a quien asesina quien mata a un hombre. Ya derramaste Tú toda tu sangre, para que nadie derrame la de otro hermano. Pártenos el pan. Explícanos tu Palabra y renacerá y se fortalecerá la esperanza y el coraje. Haremos fecunda esta sangre.

Estamos en la casa de Santa María del Remedio, nuestra Patrona. A Ella acudimos igualmente esta tarde. Vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos. Los nuestros están llorando. Abraza, como Madre, a los que han muerto. Estate cerca de las camas de los heridos, y de todas las familias que hoy sufren, y hazles llegar nuestro recuerdo y nuestra compañía, y a nosotros recuérdanos que nuestra gran misión es llenar el mundo de fraternidad. Que nos convenzamos de que vivimos de verdad, cuando nos amamos. Muchas gracias por vuestra presencia y por vuestra oración.

Alicante, 16, marzo, 2004

